

III TALLER INTERNACIONAL DE PAISAJE
ARQUITECTURA Y PAISAJE
Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Málaga
Málaga 2011,jul.,18 a 22

CULTURA, PAISAGENS E CIDADE

António Borges Abel* Dr. Arquitecto

Professor Auxiliar do Departamento de Arquitectura da Universidade de Évora,
Largo dos Colegiais, s/n, 7000 Évora, PORTUGAL
Investigador do Centro de Investigação em Arquitectura, Urbanismo e Design da
Faculdade de Arquitectura da Universidade Técnica de Lisboa

¿Qué ciudad es esta que nos quieren vender?

En el camino de Évora a Málaga, porque estamos situados en el sur de la península y las geografías a eso han obligado la sociedad, he pasado por variados paisajes, pero tienen algo en común: la alternancia de la ciudad con el campo, excepto en la mayor de ellas - Sevilla – que, si ahí es cierta la percepción del campo, en el campo ya se siente el "olor" de la ciudad a muchos kilómetros de distancia.

He afirmado la alternancia, en el sentido de la percepción clara, de figura que no se confunde con el fondo, quizás beneficiando hasta poco de las leyes de limitación de los perímetros urbanos y del difícil, si no imposible, acceso a los medios de transporte, cuya naturaleza no fuera pública. Es decir, desde el final de la necesidad de protección física de sus enemigos, las ciudades fueron limitadas en su perímetro, ya no por los muros, sino más bien por el radio de acción de su transporte público o, en situaciones comunes, por el radio de acción de desplazamiento humano en el espacio y en el tiempo: 4 o 5 kms / hora de recorrido peatonal.

Las ciudades, superior expresión de la civilización y cosmos de intercambio y producción, que en este caso nos interesa en la suya componente cultural, tenían los espacios físicos necesarios para el intercambio de información entre sus ciudadanos - las calles y plazas – donde se plasmaban, en forma de monumentos, los momentos de gloria colectiva y de los ciudadanos que, por una razón u otra, individualmente habían contribuido a la gloria o al desarrollo social y colectivo de este cuerpo social, teniendo por base un territorio que es la ciudad. El monumento fue, por lo tanto, el elemento que condensaba conceptos y historia y alrededor de lo cual los ciudadanos se agregaban y se identificaban colectivamente, elemento de refuerzo del sentido de pertenencia al conjunto: territorio urbano - ciudadanos.

Pero, por sí mismo, un grupo social en un territorio concreto no es suficiente para que sea ciudad.

Pueblos y pueblecitos también se pueden evaluar desde este punto de vista y están lejos de ser ciudades pues que la diferencia fundamental se centra, entonces, en que la ciudad es el lugar central de una región, a partir de la cual los otros centros urbanos se van a jerarquizar tomando por base a su capital, cuya centralidad es reconocida por toda la región.

La ciudad, a pesar de que originalmente no es un lugar de producción de la cultura, es la entidad que concentra las mejores condiciones para ello: la producción de ideas que surgen de los momentos de ocio que ofrece la actividad comercial, mezcladas y confrontadas con aquellas que vienen del extranjero, en un espacio definido: los límites de la propia ciudad, momentos de contacto con el exterior.

Pero, para que estas ideas y la discusión que se puede llevar a cabo alrededor de ellas pueda acontecer, es necesario que los ciudadanos puedan comunicarse, debatir y concluir en conjunto y por lo tanto la apropiación colectiva de los espacios públicos de la ciudad (al menos en la ciudad mediterránea) hay sido una condición necesaria para las discusiones y la posterior producción de ideas: la cultura. Resultado erudito o popular, fruto de una intención o fruto del acaso, el diseño del espacio público fue, por lo tanto, fundamental para inducir o limitar el desarrollo intelectual y cultural de las sociedades urbanas.

Todavía, estos espacios públicos para los ciudadanos sólo han justificado su existencia en una ciudad

concentrada, en la que los ciudadanos se permiten utilizar esos espacios para la discusión de la "cosa pública", la *respublica*. Hago hincapié en la condición de los espacios diseñados con el propósito de acomodar, facilitar y promover la comunicación entre los ciudadanos, en contraposición a aquellos cuyo papel es, a menudo, simbólico y majestuoso, cuyo objetivo se agota en esa función, como es el caso de la plaza semicircular de acceso a Versalles, la organización papal tridentina de Roma o las ubicaciones de las iglesias, de las sedes de la banca o, más recientemente, los mega-centros comerciales en que se burla los verdaderos espacios públicos, donde en las "calles", "avenidas" y "plazas" no se puede parar, sentarse, conversar, porque todo es una broma, porque la verdadera intención es el "shopping", el consumismo desenfrenado y parar, sentarse, descansar es una invitación a que no se consuma.

Ha escrito una periodista, el pasado sábado en un semanario portugués, que el presente se define por el consumismo. Todo es consumible, todo se debe consumir.

Si pensamos en términos de territorio y en qué se ha hecho con él, podemos añadir que, para aumentar los beneficios de los especuladores inmobiliarios, todo se debe consumir y rápidamente para dar lugar a nuevos productos (léase: nuevas urbanizaciones, nuevas construcciones) y, en el caso de las ciudades, a través de este punto de vista especulativo, el espacio público es un excedente que debe ser eliminado por el bien de un mayor retorno sobre el capital invertido en bienes inmobiliarios.

Ahora, a la ciudad de escala humana del pasado - no se trata de altura de los edificios, pero de la distancia entre lo edificado - se contraponen la ciudad actual, que varios pensadores definen como difusa o dispersa. Este es el resultado directo del aumento del radio de acción - ilimitado - del transporte privado, que exige cada día más y más infraestructura carretera, infraestructura que va cambiando el facies del territorio hasta transformarlo en una ensalada de "spaghetti", donde el tejido urbano se ve diluido o aniquilado, y es el resultado indirecto de la especulación sobre el territorio, especulación para quién, campo y ciudad, no son más que una mercancía con que puede aumentar sus inversiones e respectivos beneficios de manera indefinida.

Al parecer, las NTIC (Nuevas Tecnologías de la Información y Comunicación) han llegado a recuperar el espacio público que poco a poco ha sido retirado a las ciudades. Es decir, el anterior jardín, la anterior plaza, los lugares de reunión e intercambio de ideas, se sustituyen por los foros, chats, Twitter o Facebook, en una apariencia de democracia. Todavía esta no puede sustituir a la democracia real, de ojos en los ojos.

A pesar de las facilidades de las NTIC, en la ciudad dispersa la distancia geográfica, que se refleja en la "eliminación" del otro, pensando en los cinco sentidos de que nos hablan Gaston Bachelard o Edward T. Hall, conduce a una sensación de no pertenecer a la colectividad, una condición suficiente para eliminar la necesidad de producción cultural colectiva y autóctona y, como corolario, sirve la aceptación de la globalización de la cultura misma, dictada por intereses que no son los nuestros, pero contra los cuales no sabemos luchar, porque nos falta precisamente el espacio público real en el que podemos estar más cerca de nuestros conciudadanos y, así, "producir" la nuestra cultura.

Desde el siglo XIX que el turismo, con algunas excepciones, ha sido conducido a disfrutar las bellezas naturales y el paisaje y a disfrutar de los beneficios que un área, una región o un país tenía para ofrecer. A este respecto, recuerdo el Guía de Portugal, que describe todo eso y hay sido escrito entre 1924 y 1970, y no se olvide, desde las décadas de 60 o 70, el turismo de playa que desde hace unos años se está cambiando para las islas del Caribe o para el océano Índico.

Y aunque este período no ha terminado, estamos vendiendo, desde finales del siglo XX, el aumento exponencial del llamado "turismo cultural", que, obviamente, debido a su objetivo, se orienta con especial énfasis para las ciudades, porque son el depósito más importante de lo que las sociedades culturalmente producen.

Si nos ponemos tanto en el papel de observadores, como en el rol de turistas, podemos ver la fascinación que la ciudad compacta tiene para los "ejércitos" que salen de los buses y que, encantados, van a correr por los cascos históricos, disfrutando de la concentración de personas (incluso si, a veces, son turistas como ellos) y de la concentración y combinación de funciones urbanas.

Paradójicamente, muchos de estos turistas actuales, atraídos por las virtudes de la ciudad vieja, compacta, densa y compleja en su multifuncionalidad, que contradice la ciudad de fincas de F.L. Wright o los 5 principios de Le Corbusier, los cuales están en la base del "zoning" que, todavía, aún hoy se aplica a la planificación urbana, decía, esos turistas vienen de la ciudad dispersa y ¿cuántos de ellos no han utilizado jamás el espacio público de su "urbanización" (cuando existe) para ponerse en contacto o interactuar con sus vecinos, sus compañeros en la desgracia urbana, cuantos de ellos nunca han utilizado los transportes públicos que, es verdad, son inexistentes?

Sin embargo, la ciudad densa y compacta los atrae y les permite el placer de hacer el recorrido de paisajes urbanos que las calles definen, el placer de descubrir la rígida geometría de las plazas delineadas o aquellas cuya origen es la dictada por la yuxtaposición de arquitecturas.

Por desgracia, hoy podemos ver que, gracias a la "burbuja inmobiliaria" en muchos países el exceso de construcción, en especial para el turismo, dicho "de masas", nos ha conducido a las dramáticas situaciones que determinan el final de la construcción en las próximas décadas: la nuestra y las vuestras.

Pero no sólo en el sector turístico se ha originado el drama. También en la localización de "urbanizaciones" periféricas, cada vez más lejanas de los centros, la accesibilidad ha creado un grave problema a la ciudad pues que, para acceder a estas "zonas residenciales" han sido construidos kilómetros de carreteras, autopistas, ampliación de carreteras, etc., cuya tasa de ocupación es mínima (sólo se utilizan para los desplazamientos pendulares). Pero tienen una ventaja añadida para el capital: ¿cuántos más kilómetros se construyen, cuanto más cómodos son los accesos, más funciona para la gente común la llamada a que salga, a que abandone, la ciudad compacta e que se vaya a vivir al campo (anunciado como un paraíso terrenal) y peores serán los atascos de tráfico que se generará en el futuro cercano, transformando el "paraíso" en infierno. Y, hipócritamente, el mismo capital, es decir, a través de sus representantes en el poder, nos pide que pensemos en un entorno y un ambiente sostenibles!

Que hacer con esta ciudad dispersa?

No reflexionar hoy en los modelos que nos venden y cómo podemos superarlos para volver a la ciudad compacta, es eximir a nosotros de la responsabilidad social que se nos ha sido concedida con la titularización de arquitectos.

Ha dicho ayer el arquitecto Javier Arpa, de la revista A + T, que tenemos que pensar el proyecto paisajista desde un punto de vista estratégico porque no se construye en meses, como el proyecto de edificación, pero en años.

Yo agregaría que los planes, en estos tiempos de incertidumbre, también deberán ser considerados estratégicamente o, parafraseando a Nuno Portas, los planes deben ser de "geometría variable", no sujetos al corsé del "zoning", o tener la rigidez con la que nosotros, los arquitectos, miramos al proyecto de edificación.

Como ya he mencionado, es mía opinión que a la ciudad dispersa deberemos oponer la ciudad compacta y eso se hace, de entre muchos procesos, a través de la rehabilitación y re-cualificación de los edificios, a través de la re-ocupación de pisos vacíos con las personas que continuamente buscan la ciudad, dando vida a los centros ya muertos o que están muriendo y, por supuesto, apostar por la re-modelación, rehabilitación y creación de espacios públicos en los que se pueda re-valorizar la ciudadanía, la interacción entre los ciudadanos.

Se hace, también, con políticas de ordenación del territorio que impidan a que el capital, en su demanda de lucros sin fin, pueda localizar sus inversiones inmobiliarias donde quiera, se hace a través de la creación de "puertas" que puedan devolver a los ciudadanos los sentimientos de pertenencia a la ciudad y que puedan ser puntos de conexión entre el "dentro" y el "fuera", lugares "mágicos" donde el intercambio de culturas y ideas va a desarrollar la cultura de la ciudad.

Es así que, aprovechando este período de crisis económica como momento ideal para encontrar soluciones para el vivir colectivo que es la ciudad, de paso, y a través de la reflexión personal y profesional, podremos encontrar los caminos que nos van a permitir imaginar límites para la ciudad compacta, a dos niveles:

- ciudad mental o virtual, como un lugar de comunicación y de producción de la cultura, cuyos límites pueden ser el planeta o la galaxia;
- límites para la ciudad física, de acuerdo con el concepto de San Agustín que la define como "mundo estructurado ... a diferencia de la naturaleza", para que ella no muera, asegurando su sostenibilidad y, como ha escrito Aldo Rossi, para que pueda mantener su condición de lugar donde se crea "*... un ambiente más propicio para la vida*".

Y termino con una frase de Oriol Nel.lo que me gusta mucho: "*No sabemos qué ciudad será, pero sabemos la ciudad que queremos que sea*".

Málaga, 21 de Julio de 2011